

PEDRO III EL GRANDE, ¿biografía histórica o historia novelada?

EN 1244 Jaime I de Aragón firmaba en Almizra un acuerdo con el infante Alfonso de Castilla, más tarde el rey **Sabio**, por el cual se determinaba la línea divisoria de las fronteras meridionales entre Aragón y Castilla. Catorce años después, el **Conquistador** renunciaba en Corbeil a sus derechos en el mediodía francés en favor de San Luis de Francia. Dos tratados y dos barreras geopolíticas que al obstaculizar y poner fin a las posibilidades de expansión por tierra, terminaron, según opinión general de los historiadores, por proyectar a aragoneses y catalanes, más a éstos que aquéllos, hacia una aventura marítimo - mediterránea sin precedentes en la historia de Aragón y Cataluña. La expansión por el Mediterráneo —convegido, según apasionada expresión de algunos catalanistas, en «lago catalán»— y sus múltiples y complejas manifestaciones político - militares y económico comerciales, constituyen uno de los fenómenos que mejor caracterían y definen la llamada por J. Reglá «plenitud catalana medieval» o el «período de apogeo» de Cataluña de que habla P. Vilar. Pedro II de Cataluña y III de Aragón, Pedro el **Grande** (1240-85), precisamente por su voluntad y política expansionistas, quedaría unido a la historia de la acción catalano - aragonesa en el Mediterráneo. En palabras de Moreno Echevarría, el más reciente de sus biógrafos (1), al concluir los nueve años de su reinado «el pequeño y menospreciado Reino de Aragón había derrotado a las mayores fuerzas de Europa, había conquistado Sicilia y su escuadra, mandada por Roger de Lauria, era la mayor fuerza naval del Mediterráneo. La admirable y modélica Mancomunidad catalano-aragonesa tenía ya voz y voto en las más importantes cuestiones mediterráneas y, por ende, europeas» (p. 317). Juicio rotundo y entusiasta, en el mejor estilo y tradición de la «historia de reyes», de un autor que piensa que «la figura de Pedro III se encuentra arrinconada en la penumbra de un injusto e incomprendible olvido» (p. 314). En definitiva, «no se le ha hecho justicia» (p. 312). ¿Se le hace, por fin en este libro?

(1) José M.º Moreno Echevarría, *Pedro III el Grande, rey de Aragón*, Barcelona, Plaza & Janés, 1980, 319 págs.

Uno creía, convencido, quizás a consecuencia de la miopía que con harta frecuencia produce la práctica cotidiana del propio «oficio de historiador», que la historia-panegírico, la historia fiscal-acusadora, la que canta las «gestu» de unos personajes y anatematiza las conductas y comportamientos de otros, la historia episódica o «événementielle» que centra su atención en el tiempo breve de las biografías, la «gran historia» de reyes, tantas veces denostada y brillantemente denunciada desde Voltaire a Bertolt Brecht, sistemática y razonadamente combatida, entre muchos, por M. Bloch, L. Febvre y F. Braudel en Francia, o por Vicens Vives, Tuñón de Lara y J. Fontana, en España, era cosa de otros tiempos y que, realmente desprestigiada, había terminado por «pasar definitivamente a la historia». Sin embargo, esta biografía de Pedro el Grande, escrita a no dudar con propósitos de divulgación, que prescinde de todo aparato crítico y casi bibliográfico y que, en rigor, debería calificarse de «historia novelada», pone de manifiesto la pervivencia del mito y la mixtificación de la historia de batallas, de tratados diplomáticos y de reyes. Historia que atribuye el esplendor o la decadencia, la expansión o el declive, la estabilidad o la crisis de una sociedad, de una cultura, de unos pueblos y de unas gentes, en nuestro caso de España, a las acciones y características personales de sus príncipes, de sus caudillos y de sus reyes. Léase, si no, el siguiente aserto: «No es excesivamente exagerado afirmar que Pedro III de Aragón cambió, en cierto modo, el curso de la Historia» (p. 316). En consecuencia, después de acumular el relato pormenorizado de numerosos hechos y acontecimientos, de batallas contra moros y cristianos, protagonizados por el biografiado —aplastamiento de la sublevación de los moros valencianos, conquista de Sicilia, derrota de Carlos de Anjou, triunfos en Calabria o diversas victorias navales—, «se llega forzosamente a la conclusión de que fue Pedro III el Grande quien puso los cimientos del futuro imperio español; Sicilia fue la primera piedra. Un imperio que no se sustentaba ni afirmaba en Flandes, en el Elba, ni el Rin, sino en el Mediterráneo, en Italia, en el Norte de Africa y, por extensión y amplitud, en América... Es de justicia que se le reconozca esta gloria» (pp. 317-318).

Posiblemente estas reflexiones y reparos no serían pertinentes si el libro de Moreno Echeva-

JOSE IVI. IVIORENO Echevarria



PEDRO III EL GRANDE REY DE ARAGON

ría fuese un simple relato, o se presentase como una biografía novelada de Pedro el Grande, sin más pretensiones. Pero, evidentemente, no sucede así y el propio editor afirma que Moreno Echevarría, autor de otros trabajos sobre «Los marañones» y sobre «Los almogávares», nos da una vez más pruebas de su buen "savoir fair" histórico». Veamos, aunque sea muy rápidamente, la manera de escribir historia de Moreno Echevarría. Los datos se acumulan y disponen para elaborar un relato lineal de la vida primero del «infante» (1240-76) y después del «rey» (1276-85). Todo a la medida del tiempo corto, puramente autobiográfico. Las posibles líneas de furza más profundas ni siquiera se mencionan. Es una rancia «historia de buenos y malos». Pedro III, el protagonista, es el bueno. Sus cualidades, sus virtudes, se magnifican y subrayan, incluso las más personales —dotes psicológicas incluidas— y físicas. «En este aspecto, la naturaleza se mostró pródiga con él ..., era de elevada estatura, fuerte, de complexión atlética...» (p. 21). Desde muy joven mostró gran afición «por el rudo y violento ejercicio de las armas, poseía asimismo una apreciable cultura» (p. 22). Su matrimonio con Constanza hija del rey de Sicilia fue un «matrimonio político» y, cómo no, «también un matrimonio de amor» (p. 27). «Era enemigo acérrimo del ocio» (p. 48)., «político nato» (p. 131) para el que «las cuestiones personales, por muy íntimas y familiares que

fuesen, nunca contaban... en perjuicio de los intereses del Estado» (p. 160). Ferviente cristiano, era un excelente guerrero, gran estratega y hábil diplomático. Por el contrario, sobre los otros personajes que aparecen en la narración, incluso sobre aquéllos que no son considerados enemigos del protagonista, se cargan los tonos negros y las descalificaciones, se resalón sus defectos y se hacen notar los que se estiman como fallos de actuación y de comportamiento. Su padre, «Jaime el Conquistador nunca se distinguió por su perspicacia política» (p. 52) y no se duda en calificar como «descabellada y estúpida» la decisión de Jaime I de «dividir el Reino entre sus hijos» (p. 224). Jaime de Mallorca, el «despreciable hermano» de Pedro, «era traidor» y su «traición» queda «plenamente probada» puesto que no duda en unirse a los enemigos de Pedro el Grande (pp. 225-7). Su principal enemigo, Carlos de Anjou, es retratado como un personaje «sumamente ambicioso y carente en absoluto de escrúpulos» (p. 41), «cruel y sediento de venganza» (p. 127) y con frecuencia puso de manifiesto «su mala fe» al quebrantar lo previamente pactado (p. 189). «La insolencia de la nobleza de Aragón llegaba a extremos intolerables» (p. 209) y, a pesar de que «en términos generales, es digna de alabanza la entereza de los aragoneses en la defensa de sus libertades», «su patriotismo quedaba en muy mal lugar» (p. 192) cuando en las circunstancias de 1282-83 «La Unión» obligó al rey a conceder el «Privilegio General». Las Cortes de Cataluña de 1283, en las que muchos historiadores han visto los orígenes del constitucionalismo catalán, no merecen siquiera una página completa (p. 208). Pese a los múltiples obstáculos y resistencias, Pedro III habría sido un soberano triunfador. «El destino parecía recrearse en poner a prueba su inquebrantable ánimo jalonando de obstáculos su camino. Como si no fuera suficiente, en medio de sus arduos problemas, el tener que estar lidiando constantemente con la nobleza, ahora tenía que correr a Barcelona a sofocar una revuelta popular» (p. 221). En la realidad de los hechos, la colaboración entre nobles y mercaderes catalanes en torno al rey fue decisiva en la victoria sobre los franceses y la burguesía mercantil de Cataluña apoyó sin reservas la expansión por el Mediterráneo, pues no en balde se trataba de una expansión esencialmente comercial. Pero esto no parece preocupar a nuestro autor para el cual los fenómenos burgués y mercantil parecen no haber existido, lo mismo que el carácter social de esa «revuelta popular» encabezada por Berenguer Oller quien es calificado de «demagogo» y «agitador de talla» (p. 221). ■

SALUSTIANO MORETA.